

LUNA DE SANGRE

Los mosquitos dibujaban serpentinatas alrededor de la única bombilla, que pendiendo del cable que la alimentaba, iluminaba el corredor. Una salamanesa, inmóvil como un mancha en el techo, observaba el caótico revolotear de los insectos alrededor de la luz esperando su momento. Hacía calor, y la noche no había traído un respiro a aquel día de agosto. La alegría infantil del verano, con el griterío de niños jugando, que había impregnado tiempo atrás los muros del cortijo, ahora se cubría de dolor, angustia y una sucia pátina de vergüenza. Una de las estancias que abría al lúgubre pasillo hacía las veces de improvisado calabozo, habiéndose sustituido su puerta de madera por un cancel de barrotes de acero. Olía a orines y a sudor, y el calor no hacía más que amalgamar el hedor con el desolador perfume de la desesperación.

En el pasillo, frente a la puerta de la celda, un joven que apenas había cerrado las puertas de la pubertad, enfundado en un mono de trabajo de color oscuro ceñido con un cinturón, escribía en una hoja de papel sentado en un sencillo taburete de madera, con un botijo como única compañía. La luna no brillaba esa noche y tenía que buscar la mejor orientación para poder ver con cierta claridad a la luz de la bombilla el paso del lápiz sobre el papel. En la celda, sentados en el suelo de baldosas, se encontraban dos detenidos, con la mirada fija en la pared buscando imágenes en las rasgaduras del papel pintado, procurando que sus pensamientos no los llevaran por sendas oscuras. Uno de ellos, un hombre de unos sesenta años al que le faltaba una pierna, y habían privado de sus muletas, buscaba el consuelo acogedor del único rincón que no había sido utilizado como letrina. El otro detenido, de mediana edad, facciones amables y algo despeinado, vestía pantalón gris y camisa blanca, sobre la que una corbata desanudada se derramaba como derretida por la canícula. Una chaqueta arrugada, pero cuidadosamente doblada, reposaba en su regazo. Por su pose bien podría parecer que acababa de llegar a la celda o que estaba a punto de marcharse. Su mirada era un pozo vacío. El muchacho del pasillo cincelaba palabras en la hoja, lentamente, sujetando el lápiz de forma tosca. De vez en cuando, después de un gesto de contrariedad, miraba disimuladamente al preso de la corbata y tachaba lo que acababa de escribir, continuando su irregular escritura. De la planta superior del edificio provenían a ratos inquietos ruidos de pasos que iban de un lado a otro, puertas que se cerraban de golpe y voces que quedaban amortiguadas por los gruesos muros. Parecía haber actividad más allá de la quietud de la celda a pesar de las horas de la madrugada que eran. El sonido de unos pasos irregulares que se comenzó

a formar en la oscuridad al fondo del corredor hicieron levantarse al chico de su asiento. Se metió apresuradamente la hoja de papel en un bolsillo y permaneció de pie esperando que los recién llegados saliesen de la penumbra y alcanzaran la zona iluminada por la bombilla. Dos detenidos, con ropas manchadas de sangre, sucios y cabizbajos avanzaban a empujones, seguidos por dos individuos armados con carabinas del calibre 22 y uniforme oscuro. El joven se puso firme al ver llegar a los escuadristas y, al gesto de uno de ellos, sacó unas llaves de un bolsillo y se dirigió rápidamente a la puerta de la celda para abrirla. Los detenidos entraron en el calabozo a golpe de culata. Uno de ellos, con la boca ensangrentada, que andaba encorvado y con los brazos enredados en su cuerpo por los golpes recibidos, cayó al suelo de la sala con el rostro contraído en una mueca de dolor. El detenido de la corbata se incorporó para asistir al herido tal y como hizo el otro hombre recién llegado. Ambos cruzaron una mirada de sorpresa e incredulidad. No dijeron nada. Bajaron de nuevo la vista y tumbaron al reo lo mejor que pudieron junto a una pared. El preso cojo, sólo pudo observar la escena y agravar más su preocupación. El joven guardián cerró la puerta de la celda observando la escena a través de los barrotes y volvió a sentarse en el taburete mientras los hombres armados se alejaban por el pasillo, sumiéndose en la oscuridad más allá de la bombilla. Cuando el sonido de sus pasos enmudeció, el joven volvió a sacar la hoja de papel de su bolsillo, miró hacia la celda y prosiguió con su tarea. El preso de la corbata desanudada improvisó una almohada con su chaqueta y la puso delicadamente bajo la cabeza del herido. Al retirarse, observó las manchas escarlata que salpicaban la chaqueta como lunares de muerte. Se sentó de nuevo en el suelo sin dejar de mirar al herido, mientras en su cabeza un torbellino de imágenes luchaban por salir. El otro detenido recién llegado se sentó en el suelo cerca del herido mirando con tristeza al preso de la corbata. No hubo presentaciones ni saludos. No hubo palabras de aliento. No hubo condolencias. Todos habían bajado al infierno por distintos senderos. En la semioscuridad de la celda, aquellas cuatro sombras dibujaban un cuadro de angustia y desesperanza. El preso de la corbata se incorporó trabajosamente y se dirigió a los barrotes de la puerta.

—Niño, dame un poco de agua para este hombre, por favor —dijo con voz suave señalando al preso tirado en el suelo.

El chico miró al reo y después, de soslayo, hacia la oscuridad al final del pasillo, para terminar bajando la mirada fijándola en su hoja de papel. El detenido sacó un poco la mano entre los barrotes.

—Sólo un poco de agua del botijo —insistió

El muchacho no escribía, sólo miraba la hoja como si esta fuera a decirle qué hacer. A pesar de haber estado durante horas en silencio aquel instante sin palabras se hizo largo e incómodo. La salamanquesa del techo se acercó hacia al bombilla con movimientos vertiginosos.

—Me tienen *prohibío* hablar con los *deteníos* —dijo finalmente sin levantar la cabeza y con apenas un hilo de voz. Era la voz quebrada de un niño que florecía como la de un hombre

Volvió de nuevo el silencio, que se hizo frío en aquella cálida noche. El detenido permaneció en la puerta apoyado en los barrotes. El chico no escribía. Miraba el papel sabiéndose observado. Finalmente, se incorporó y acercó el botijo a la puerta del calabozo sin mirar al preso. Vertió un poco de agua en la cuenca de sus manos y este llevó el agua que pudo salvar hasta los labios del malherido. El guardián volvió a dejar el botijo junto al taburete e intentó concentrarse de nuevo en su escritura. El reo se refrescó la cara con las manos húmedas, se deshizo de la corbata arrugada y volvió a sentarse en el suelo. El muchacho, en su lucha, igual trazaba letras que tachaduras. El lápiz iba y venía como si las palabras, igual que salían, entrasen en él para esconderse en algún rincón.

—¿Qué escribes, niño? —se atrevió a preguntar el detenido mientras enrollaba la corbata.

El chico volvió a mirar hacia el final del pasillo mientras mantenía inmóvil el lápiz apoyado en el papel. En la oscuridad sólo había silencio. Se convenció de que nadie lo descubriría. Su padre, quien lo dejara semanas atrás a un grupo de las Escuadras Negras para que, según él, lo "espabilaran", no estaba allí para llamarlo *afeminao*, ni para marcarle el anillo en la cara

—Una... poesía —se atrevió a musitar titubeante mientras bajaba de nuevo la mirada hacia la hoja de papel garabateada.

El preso observó al chico a través de los barrotes. Le pareció más pequeño, más frágil. Le resultaba irónico ver a su guardián así siendo él el detenido.

—¿Usted podría...? —se atrevió a preguntar el muchacho mientras se levantaba del taburete y extendía la mano que sujetaba la hoja hacia la puerta del calabozo

Los detenidos miraron con curiosidad a su compañero de celda, que se incorporó de nuevo y, mientras guardaba su corbata en un bolsillo del pantalón, se acercó a la puerta. Sacó ligeramente la mano entre los barrotes gesticulando con suavidad para que le acercara el papel. El guardián le dio la hoja y se retiró unos pasos, como un niño que entrega sus tareas al maestro.

—Es *pa* mi novia —dijo el muchacho mientras los ojos del detenido viajaban entre borrones y tachaduras. Una palabra aquí. Un verso abandonado allá. Una pregunta en una esquina del papel. El dibujo de un rostro femenino cuyos trazos se transformaban en una flor. Una estrofa inacabada. No había nada, pero en aquel papel estaba todo. Leía y releía aquella sencilla poesía oculta entre líneas y cruces que cubrían palabras no deseadas y sentimientos incomprensibles. Y con cada palabra se sentía más vivo, y con cada verso más libre. La eternidad estaba en aquella hoja arrugada. Por una grieta de su rostro de amargura brotó una brizna de ternura y, en aquel calabozo oscuro y maloliente, con la incertidumbre de no saber si vería el amanecer, comprendió con más claridad que nunca que la vida era una gota en una tormenta, pero las palabras eran eternas. Devolvió la hoja de papel al chico, que permanecía de pie cerca la puerta esperando algún comentario del detenido. Los compañeros de celda aguardaban también las palabras del preso.

—La poesía es un misterio que surge de unir dos palabras que nunca pensarías que pudieran estar juntas —dijo mirando al muchacho, que lo escuchaba atentamente—. Has desnudado tu alma y has dibujado palabras.

—¿Qué tengo que hacer entonces? —preguntó el chico confundido

—No dejar nunca de escribir, niño

El detenido se separó de la puerta lentamente y volvió a sentarse en el suelo. El sudor de su rostro se mezcló con las lágrimas que empezaron a brotar de sus ojos. No eran lágrimas de miedo, ni de angustia. Lloraba porque había recuperado la esperanza.

El ruido lejano de un camión que arrancaba llegó hasta la celda.

De entre la oscuridad del corredor surgieron tres individuos armados a los cuales les precedió el sonido seco de sus pasos y el murmullo desagradable de sus chanzas. El muchacho se puso erguido junto al taburete, con tanta presteza que a punto estuvo de hacer volcar el botijo. Un chasquido de dedos de uno de los escuadristas sirvió de señal para que el chico abriera el calabozo. Quedaba poco para que amaneciera. La salamanquesa, que había rondado por el techo del pasillo durante toda la noche ya no estaba. Tampoco los mosquitos. Los detenidos, nerviosos por ignorar qué les deparaba, vieron recortadas por la tenue luz de la bombilla las siluetas de los tres hombres en el umbral de la puerta.

—¡Todos para fuera! —gritó uno de los escuadristas lanzando unas muletas hacia el preso cojo, que aguardaba asustado en su rincón. El joven guardián, que permanecía callado tras los hombres, observó cómo el detenido que había leído su poesía se incorporaba y sacaba su corbata del bolsillo con la intención de ponérsela.

—¡Eso, ponte guapo que nos vamos de paseo! —se burló a voces otro de los hombres armados—. ¡ Maricón!

Los detenidos fueron sacados a golpes de culata de la celda. Anudándose torpemente la corbata, en un gesto de tambaleante dignidad, el detenido pasó junto al muchacho, que seguía inmóvil en el pasillo, y enfilando el pasillo dejó salir con voz suave unas palabras que, entre el ruido de los golpes, los insultos y los lamentos de dolor, sólo aquel joven fue capaz de escuchar:

Ay, luna de sangre,

que el olivar llora

lagrimitas de plata

por ver la aurora

Y aquel hombre se perdió para siempre en la oscuridad

